nífico aparecido en *Declaro sin escrúpulo* y que es deveras, de antología, por lo bien hecho que está.

Este cuento se llama "Club de Leones" y en él Ojeda muestra un punch propio de un cuentista mayor al que aparece en *Bajo tu peso enorme.* En aquel cuento, Ojeda manejó unos personajes vivos y convincentes desde la tercera persona, desde su delicada evolución y desde una forma que presentaba personajes que los desaparecía y que los hacía reaparecer en el momento dramáticamente preciso.

La lectura de aquellas antologías, dejaba a Ojeda como el mejor narrador entre los demás que ahí aparecían. La impresión se conformó con la publicación de los libros de Huerta y Betancourt quienes insisten en escribir cuentos en primera persona y segunda, todo aderezado con comentarios al PCM, como de militante confuso que se debate entre el encanto de una muñeca max-factor y el sacrificio proletario (aunque para ser justos, Betancourt tiene la virtud de tomar la literatura a juego, lo cual hace mucho más digerible su trabajo). Enmedio de este panorama, Ojeda pintaba para el serio "cuentista que soñé" e incluso, se ganó un Premio Casa de las Américas que lo prestigió un tanto. Pero resulta que *Bajo tu peso enorme,* el primer libro que publica Ojeda, es una completa decepción. De nuevo tenemos al cuentista que maneja el esquema sabido: a) que todo cuento se vea como de "izquierda", a través de alusiones a la lucha latino americana; b) hay crítica a los medios que nos alienan con personajes que concursan humillados en el programa de Luis Manuel Pelayo; c) hay (¡ay!) epígrafes de Miguel Donoso en donde se anuncia que la realidad "nos determina"; ch) hay aficionados al fut que ven interrumpidos los monólogos de Angel Fernández; d) hay dejos de humor nunca concretados y que de concretarse salvarían algunos de los cuentos; e) hay, como contraparte, un hieratismo abrumador (peor que el de Huerta, por ejemplo); f) hay, por supuesto, un lenguaje coloquial, aquí utilizado por pura necesidad anticolonialista. En fin, hay, *Bajo tu peso enorme,* un enorme rollo que flota en cada página, como si la literatura tuviera la necesidad de ser panfletaria para levantarse como política. En Ojeda hay todo lo que en un principio fueron virtudes, y que hoy, de tanto repetirlas sus descubridores, se han vuelto defectos.

Pero de cualquier manera, con Ojeda uno tiene la sensación de encontrarse ante el narrador más "hecho" de cuantos han surgido de los talleres del INBA. Sus cuentos son meticulosamente trabajados y meditados, aún cuando no escapan para nada a unas premisas políticas que estaría bien poner en la mesa de discusiones antes de que continúen echando a perder narradores con posibilidades. ¿No será que se está confundiendo demasiado a la literatura con la sociología? Hay especificidades que habría que tener claras. La literatura, no por hacer sociología, se vuelve más literatura, y la sociología, no por hacer más literatura, se vuelve más sociología. Aunque habría que pensarlo, quizás esta manera de hacer literatura resulta importante, más que nada, por su carácter testimonial.

Abril y otros poemas que lo acompañan

Carlos Montemayor, *Abril y otros poemas.* México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 95 pp. (Letras Mexicanas).

por Jaime Moreno Villarreal

La literatura es quizás, entre todas las artes, la que más se presta a los excesos. Los "demasiados libros", la abundancia de poetas, tantos volúmenes y tantos fracasos son evidencia no de un auge literario sino de un mediano negocio editorial.

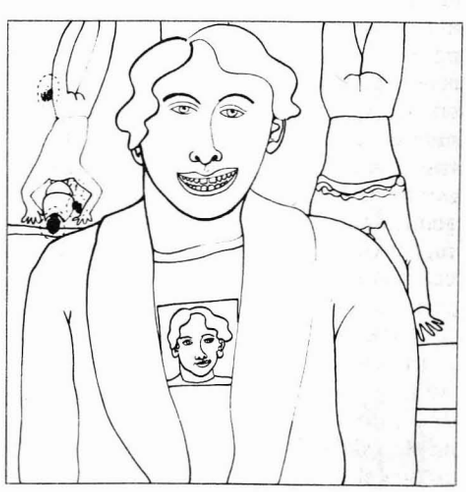
El riesgo principal de un libro terminado es su publicación. Ahí se cifra su objetivo, la lectura. Ya publicado, vendrá la precipitación de elogios o recriminaciones, gustos y disgustos, y, si las cosas funcionan, de lectores.

Es difícil para un poeta, dado este panorama, el publicar si no posee la seguridad plena en el valor de su trabajo y en el interés de su difusión —por restringida que ésta pueda ser—, si no se complace con engrosar las filas de los anaqueles polvosos o alimentar indirectamente secciones de reseñas en las revistas.

La lectura de *Abril y otros poemas,* de Carlos Montemayor, promueve inmediatamente una duda: ¿se trata de un libro de poemas o de una colección de poemas? Las cinco partes que completan el volumen aparecen una tan distante de la anterior que, a simple vista, el peligro que asume el autor es el de publicar una obra desigual de trozos personales. Quizás la intención no sea otra que la de algunas "antologías poéticas" que reúnen lo disperso al ton y al son de completar un número determinado de hojas para empastarlas como libro.

El riesgo en este caso es una publicación desequilibrada. Los cortes entre cada parte son tan bruscos que no permiten hablar de unidad sino en términos de encuadernación. Montemayor presenta una colección de intentos más o menos logrados donde la constante es la experimentación y la ausencia notable es la solidificación del hallazgo.

Del recogimiento a la dispersión, en un continuo repliegue-despliegue, Montemayor da traspiés en sus cambios de *manera* (su búsqueda se reduce en muchas ocasiones a indagar de qué otra manera se puede escribir poesía). Veamos dos ejemplos. En



ambos es obvia la falta de síntesis del poeta. En el primer caso, Montemayor pretende ser sintético y lo logra sólo en cierta medida:

Teth
Despertarás por un rumor
de palabras intactas y olvidadas,
sin sentir que has hablado,
desprovisto de deseo o de hastío,
irreparable como la virtud.

Los versos tercero y cuarto producen un efecto que rompe la síntesis. Son versos explicativos que rompen con la concentración, verdadera síntesis, que presenta la analogía del último verso. Por contraparte, es también en la analogía donde se da el caso extremo opuesto. El abuso del "como" en los siguientes versos hace estallar la capacidad de concentración de la analogía y la repetición de la estructura comparativa demuestra imprecisión en el despliegue antes que riqueza y dimensión:

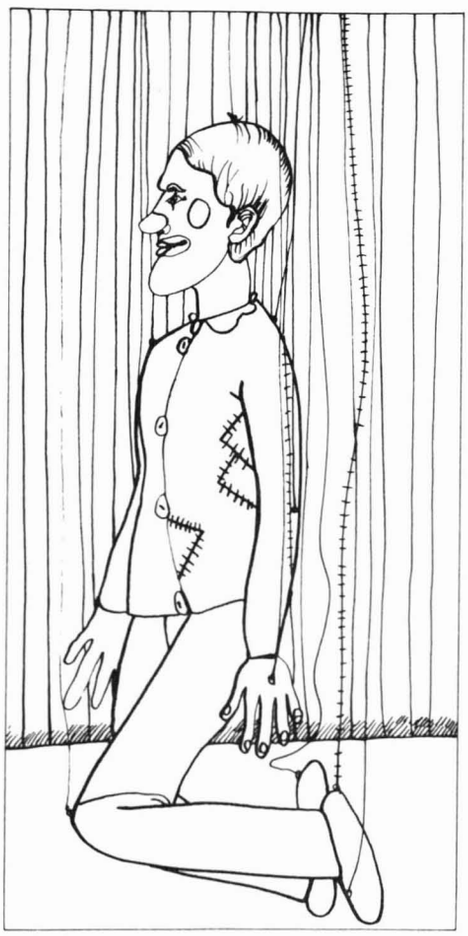
Y antes aún,
tan o como si no hubiese sido este día,
como si yo no hubiese sido, sino hace
muchos años,
ví el amanecer, a solas,
surgiendo como si lo retuviera la vida,
como si su sangre fuera sólo recordar el
mundo,
el susurro melodioso y oprimente de la
ciudad.

Ambos ejemplos muestran la relación de repliegues y despliegues en que se mueve el autor.

Quizás si cada una de las partes que constituyen el volumen se viera como un todo y uno se olvidara de su reunión inestable, la valoración de la obra de Montemayor se dedicaría a dos de ellas, principalmente: "Las armas y el polvo" y "Poemas". En ambas subyace una de las preocupaciones centrales del poeta, el resarcimiento a partir de la tradición. En contraste con otras partes más espontáneas, estos dos son frutos de una búsqueda exigente y cuidadosa, y en ellas se escucha la fuerza que da la continuidad de un quehacer literario de fuentes e influencias:

¿Para qué fundar nuevas ciudades?
En nuestro retraso ha de nacer algo valioso.

Hoy va la mujer en los labios y el alma,
para que no quede abandonada, Eneas.



Nuestros padres fundan ciudades que no entienden.

¿Para qué llegar a la cuna de los dardánidas?
Es tan hermoso ver la vida pudrirse en un mismo cuerpo.

Carga ahora tus dioses en la espalda;
carga los escombros de los padres;
pisa las venas de los laberintos
en que la sangre se aturde y nos estremece,
cuando la resaca cunde en los ojos,
cuando estallan como el mar las ciudades, los días, los fracasos.

En este poema, el primer de la serie "Las armas y el polvo", Montemayor demuestra la posibilidad de sus recursos. Mesura y dominio que faltan en aquellas partes espontáneas que, sin embargo, no están exentas de frescura y lirismo. Debatiéndose entre el lenguaje pulido y el lenguaje bruto, entre la retórica y la llaneza, el autor publica y se arriesga con un libro excesivo donde existe una parte —la última— hecha a base de poemas diversos cuya sola confluencia es el título y el espacio que los reúne. El riesgo que asume Montemayor produce un desencanto: el libro parece haber sido confeccionado intempestivamente y sin línea conductora.

Los desniveles en el seno de la escritura son evidencias que no corresponden a afanes "vanguardistas" o a intenciones tangibles que devengan en proposiciones estéticas, más bien son abismos en una búsqueda que no acaba de cuajar y que cuando alcanza un logro se presenta mezclada con fracasos.

En *Abril y otros poemas* hay por lo menos dos *plaquettes* ¿por qué, entonces, hacer con ese material un libro abigarrado?

México bien vale una crónica

Carlos Monsiváis, *Antología de la crónica en México*, México, 1979, UNAM. Textos de Humanidades, 8. 220 pp.

por Gustavo García

La crónica, como vehículo de la indignación popular y extensión literaria del periodismo, como eternización de lo fugaz y actitud política, rescate de la historia perdida (u oculta) y desmitificación de los grandes nombres, exige y tolera un gigantesco acopio de datos, una atención por el detalle pertinente y un abandono de las fórmulas y las recetas que, si bien limitan su ejercicio, lo depuran, sobre todo en un ambiente periodístico condicionado, semianalfabeta y mediatizado, como el latinoamericano.

No se busquen más constantes que las de la intención; la *Antología de la crónica en México,* seleccionada, prologada y anotada por Carlos Monsiváis. tiende, como el libro neo-clásico *Amor perdido*, "... a la configuración cronicada de un panorama 'de costumbres', 'de moral social' o de Figuras Sintomáticas y Fenómenos Significativos..."[1].

La antología es polivalente: la revisión

[1]Carlos Monsiváis, *Amor perdido,* México, 1978, Era. p. 347.